

Presentación de “Revés de tango”, en el café “Seddón”, de 25 de mayo y avenida Córdoba, por **Héctor Miguel Ángel**.

Una vez más, y habrá muchas veces más, la cara de Buenos Aires se empolva de poesía y sale a coquetear por la bibliografía. Y esta vez el gran maquillador es Alberto Mario Perrone y el tango su toque mágico.

Aunque se lo nombre del revés, “aquí está el tango, canción de Buenos Aires”, como diría-mejor dicho, cantaría- la inolvidable Azucena, el tango de Perrone en un libro singular que nos regala versos y partituras, emoción y música. Imposible, por lo tanto, desprender a nuestra ciudad de sus páginas. Perfilados con nostalgia e ironía, con tristeza y también por ciento, con humor, vibran en ellas lugares y personajes entrañables del gran circo porteño. Homero y Discepolín, tita, la piba y la otra, el cafetín y el conitaBo, Monserrat y San Telmo, todos todo y más, en muy bien equilibrada conjunción de lunfa, vesre y castellano, chamuya “bajo una luna de tabaco” buscando la palabra inalcanzable del poeta, ésa que el poeta señala “como algo que no sirve, lo sabemos, la palabra/existe, pero en la frontera, y tiembla/con su plumón al viento para que, empecinados,/pisemos este umbral de luz”.

Estar a fondo en Buenos Aires reactiva una de las manías que bis caracterizan: la de tender redes de espionaje sobre nuestra idiosincrasia. Con la atención propia de un hijo legítimo, no evada la consulta y emplea la lupa del dos por cuatro para describirnos lo que pesa y lo que alarma en los límites de nuestro amor: una ciudad que irrita cuanto más se la quiere, una ciudad agresiva como pocas que ni siquiera ha resuelto, por ejemplo, el problema de su basura. Estas son las calles donde podemos acabar “muertos de ser”, según la alucinante sentencia de Perrone.

Nada le falta a esta Buenos Aires para ser la ciudad de los argentinos, ni siquiera París, su ambición más pretenciosa y hasta ridícula. Qué porteño de otros tiempos no quería morir en París, aún sin aguacero? París fue siempre un estado de ánimo. Buenos Aires, lejos de Carriego y de Fernández Moreno, es una conciencia crítica. Pero ahora, advierte el poeta, “aunque rebusquen en la borra del café/se acabó el pan bendito de París para repartir”. Tampoco le falta Mar del Plata, su evasión más grande y contagiosa, el salto ilusionado del Mar Dulce (que casi nunca ve) al Mar salado (que ve por añadidura), Perrone transita sus playas en uno de los más bellos poemas del libro. Sin embargo, este “revés de tango” es más que otra imagen de Buenos Aires. Cuando el autor se pregunta: “será el revés de tango aquello que nos conduce por la vida, sorda? la imagen se hace espejo del país y del mundo. Lo afirma este fragmento: “Por eso, es un decir/digo “buen amigo”/ y pegándole una rápida/mirada a los periódicos del día, /casi en un minuto/oigo también a mi país, Araya corazón, / que a punto de desaparecer/quiere salir de su geografía”. Con la misma actitud, expresa sin vacilar, cortante y cruel, un pronóstico terrible: “Tango de la dicha que un día será electrónica”.

Dice Borges de la milonga que es una de las grandes conversaciones de Buenos Aires. Y yo diría del tango que es una de sus grandes confesiones. El autor vivió mucho tiempo lejos de Buenos Aires. Oír las notas de un tango en una ciudad ajena a nuestra identidad ahonda la distancia, enaltece los recuerdos y puede arrancar un lagrimón. Entonces volver es la golondrina del tiempo. Por eso creo que en sus últimas significaciones este nuevo libro es un homenaje al regreso. Esos versos me darían la razón: “Habrá que venir y pisar/estas veredas/para oír las hojas/cuando crujen sucias de vida/golpeadas, golpeadas, golpeadas/por el otoño que las cruzó/ en el Congreso/y los tiró por Ayacucho./Habrá que venir y pisar sobre/este Buenos Aires/te dije un día, allá, tan lejos estábamos/colgados sobre el balcón del mundo...”

“Habrá que venir y pisar/estas verdes”, repite el poema, sí, es el regreso a la ciudad que siempre existe. Un regreso que encuentra en el tango su forma casi fatal. Pero no olvidemos que hay otra cara, que es el revés y a la vez la totalidad. Es una zona que está más allá de las ciudades. Allí aparecen agazapados “los fantasmas del la canción”. Allí aparece, desnuda, la punzante poesía de Alberto Mario Perrone.